

- Creo que tenemos una llamada.

-¿Hola, estoy en el aire? ¿Señor White?

- Por supuesto, estáis escuchando The Freak, cuando son las doce y cuarto de la noche, bien, puedes empezar con tu historia cuando quieras.

- Si, está bien, empezaré por el principio...

Y al principio son solo rumores, voces que se escuchan a través de las puertas de los camerinos, voces soterradas que callan cuando alguien pasa a su lado.

Nadie lo sabe a ciencia cierta, nadie sabe nada, pero algo en el ambiente te dice que es verdad, que algo se trama en silencio.

No atino a explicar como lo supe, supongo que poco a poco yo mismo me convertí en un rumor, en parte del engaño, me convertí en uno de ellos.

Cuando uno trabaja a menudo con estrellas de cine, aprende a no prestar demasiada atención a lo que dicen, no es bueno implicarse en los asuntos de alguien que gana más dinero en un año, de lo que llegarás a tener tú en toda la vida. Los que me estáis escuchando no imaginaríais la de estupideces que llegan a pedir, recuerdo a un tipejo que se empeñó en tener mil toallas verdes preparadas en su camerino ¡Una semana antes del rodaje! Mil toallas, menuda gilipollez.

Y no solo son actores, también conocí directores, cantantes, políticos, deportistas, ellos lo sabían. No todos, es cierto, pero algunos sí. Y unos pocos participaban.

Hasta 1987 yo solo era un director de fotografía del montón, alguien que hacía su trabajo de forma correcta y profesional, pero que no destacaba especialmente. Solía ganarme la vida realizando anuncios para la televisión, algún videoclip y de vez en cuando tenía la posibilidad de hacer alguna película de serie B.

Pero mi suerte cambió cuando recibí la llamada de un antiguo compañero de estudios, Seteven Jackson. Me propuso participar en una película que iba a empezar a rodarse al año siguiente y que tenía un presupuesto de 75 millones de dólares. ¡75 millones! Pensé, eso si es una pasta gansa. Me volví loco, salté por la habitación como un poseso, grité, bailé y vacié una botella de vino hasta quedarme dormido en el sofá.

Cuando trabajas en un monstruo con ese presupuesto, tu trabajo se empieza a valorar. Los ejecutivos recuerdan tu nombre, los directores te exigen como algo indispensable, y tu sombra planea en todas las reuniones, en todos los despachos de la industria. Y en ese momento has entrado de lleno en el círculo, ya puedes exigir como el que más, *quiero mil toallas verdes*, aunque en el fondo sabes, que no haces otra cosa que no hicieras cinco años antes.

Los rumores seguían estando allí, pero algo había cambiado, ya no se ocultaban de mí, no callaban de repente, no cambiaban bruscamente de tema. Parecía incluso, que desearan ser escuchados.

Hasta que llegó el día en que el infierno se reveló para mí.

Alguien llamó a mi casa de madrugada contando algo de que habían estado observándome, que era un candidato ideal para no se qué, y que quería verme esa misma noche en una discoteca del centro. Lo primero que pensé al colgar el teléfono es que se trataba de hacienda, algo debía estar haciendo mi contable con el dinero y me habían enganchado. Suponía que intentarían llegar a un acuerdo para sacarme información de los auténticos peces gordos de la industria, pero iban listos, pensé.

Puedo ser muchas cosas, pero no un chivato. De todas formas tenía curiosidad por saber de que iba todo aquello.

Al llegar, la emoción había vencido al sueño y una música atronadora golpeaba mis oídos dándome nuevos bríos. Avancé entre la gente hasta llegar a la concurrida barra y

logré hacerme un hueco por el que pedir un vozka con hielo. Necesitaba entonarme un poco.

Cuando me disponía a pedir la tercera copa, un camarero al que no había visto cuando entré, se acercó y me dio un paquete de cerillas. Lo abrí y en la solapa había algo escrito a mano “Entre en el servicio de caballeros”.

Con la mente algo nublada por el alcohol caminé despacio hasta la puerta del lavabo.

Me detuve frente a ella y medité por un momento el paso que iba a dar, no sabía lo que encontraría al otro lado, pero ya era demasiado tarde para ignorar mi curiosidad.

Empujé la puerta y entré.

En la repisa del lavabo, dos jóvenes con trajes caros, esnifaban cocaína con ansia sin prestarme atención.

El mármol rojo de las paredes y la iluminación fluorescente conferían a la estancia un cierto aire retro pero elegante. En la pared opuesta a la puerta de entrada, un hombre de raza negra ataviado con un smoking, custodiaba el último urinario. Me hizo un gesto con la cabeza y fui hasta él. Abrió la puerta usando la mano izquierda dejándome ver la pistolera que llevaba en el costado.

No sé porque no me sorprendió el que no hubiese un water en su interior. En lugar de la taza, una abertura se adentraba en la pared. Tuve que agacharme para poder entrar, el olor resultaba desagradable y penetrante, apenas veía nada mientras me arrastraba por aquel húmedo conducto. Al cabo de unos cincuenta metros llegué hasta una abertura circular practicada en el suelo. Descendí usando una oxidada escalera de mano adosada a una de las paredes del túnel. Al llegar abajo, desemboqué en una espaciosa sala decorada con grandes tapices y objetos barrocos, fabricados con lo que me pareció obsidiana. En el centro, una mesa de billar americano presidía la estancia. A su alrededor, multitud de sillones blancos de cuero que invitaban a sentarse y disfrutar del

lujo que los rodeaba. En la habitación había cinco personas, de las cuales pude reconocer a cuatro de ellas. Jugando al billar estaban Fred Gaisy, presentador del canal 5 y Norman Bundy, un jugador de fútbol que firmó el año pasado un contrato multimillonario con los Giants. En el sofá que quedaba más próximo a la puerta por la que yo había entrado, la modelo Amber Leen se lo montaba con la famosa escritora de best-sellers Tracy Campos.

Al hombre que me sonreía desde el fondo no le había visto nunca, algo en su mirada me resultaba familiar. Vestía un smoking blanco y corbata negra, de unos cincuenta años, con una larga melena negra peinada hacía atrás y embadurnada en gomina. Avanzó hacia mí tendiéndome la mano, su tacto era frío y húmedo, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

-Bienvenido señor Piiiiii, me complace que halla querido unirse a nosotros- me dijo con una voz gélida e impersonal.

- Supongo que esto no es hacienda, ¿Verdad?-dije.

- No, creo que esto- realizó un gesto con los brazos como queriendo abarcar toda la estancia- no es hacienda.

Del bolsillo interior de la chaqueta extrajo una píldora transparente, la cual me tendió en la palma de su mano.

- Tome, tráguela sin miedo, le ayudará a comprender mejor.

Alguien me dio una copa de un extraño licor, absenta, y engullí la píldora de un trago. Al cabo de unos minutos me encontraba entre las dos mujeres quitándome la camisa y besándolas con ansia. La escritora introdujo su lengua en mi oído a la vez que la joven modelo me masturbaba con esmero. Su boca se acercó a mi pene y sentí el calor de sus labios y su húmeda lengua jugueteando con el glande. Mis manos se perdieron en los pequeños senos de la escritora pellizcando suavemente sus pezones, el corazón me latía

a mil por hora. Deseé mordérselos, desgarrarlos con los dientes, bañarme en su sangre.

Me contuve.

Amber no paraba de moverse arriba y debajo de forma rítmica, hasta que de súbito, noté sus dientes clavándose en la piel, sorprendentemente no sentí ningún tipo de dolor, solo un placer como nunca antes había experimentado. Este repentino goce me motivó para intentar arrancarle el pezón a la escritora, la cual no parecía querer impedírmelo. Lo sujeté entre los dientes y apreté con todas mis fuerzas. El trozo de carne se alojó bajo la lengua, la sangre surgía a borbotones. No supe porque, pero lo mastiqué hasta que pude tragármelo. La chica parecía satisfecha.

El pene me sangraba abundantemente debido al mordisco y comprobé con asombro que era el futbolista el que lo tenía dentro de la boca, no me importó. La joven modelo orinó en mi boca limpiando la sangre que cubría mi cara. No entendía nada. Pero no quería parar, ya no. Pronto sentí la primera sacudida, luego otra más fuerte hasta que me corrí en la boca del futbolista. Era lo más excitante que había hecho nunca, no puedo contar fielmente lo que sentí, pero fue salvaje.

Mientras todo esto ocurría, el presentador del Canal 5, permaneció jugando al billar sin prestar atención. El hombre del traje blanco si estuvo atento. Al terminar la peculiar orgía aplaudió lentamente y se acercó hasta el sofá.

- Perfecto señor Piiiiii, ha cumplido sobradamente con mis expectativas. Hay un pequeño lavabo tras la puerta que tiene a su izquierda, lávese y acompáñeme.

Después de asearme un poco, le seguí a través de un largo pasillo iluminado con tenues fluorescentes. Al llegar a una estrecha sala me miró y dejó escapar una sonrisa enseñándome dos hileras de dientes amarillentos.

- Prepárese para conocer otro mundo de sensaciones señor Piiiiii, se dará cuenta usted mismo, de que ha estado perdido durante años. Pero eso va cambiar. Notará que el

precio es algo elevado, pero le aseguro que los resultados están garantizados- No parpadeó ni una sola vez mientras me hablaba, su aliento era pestilente.

- Supongo que debo aceptar- le dije sin pararme a pensar.

- ¡Bien! Me complace, espere aquí unos instantes, alguien le acompañará hasta la sala que le corresponda. Tiene dos horas para divertirse, pero recuerde muy bien lo que le voy a decir: Si alguna vez siente el deseo de hablarle de este sitio a alguien...usted será el juguete de alguien como usted.

- No lo entiendo- dije.

- Créame, cuando compruebe lo que es capaz de hacer y el placer que eso le reporta, no pensará en otra cosa más que en volver. Siendo esta su primera vez, dispondrá de un juguete un tanto especial. Supongo que habrá visto en las noticias la desaparición del hijo mayor del senador Albert Fish.- asentí con la cabeza- Desaparece mucha gente de la que no se vuelve a saber jamás. Hoy comprobará usted mismo que les ocurre realmente.

Me dio un golpecito amistoso en la espalda y regresó a la sala en la que habíamos estado antes. Me sentía mareado, como flotando en una enorme balsa de aceite. Había tomado drogas en otras ocasiones, pero ninguna me afectó como aquella.

Un hombre alto, trajeado y apuesto, surgió de las sombras sonriendo.

- Es la primera vez que vienes ¿A qué si?- dijo.

- Si- contesté, aquel tipo me resultaba familiar.

- Yo ni recuerdo cuando fue la primera vez. Tienes suerte, poca gente conoce esto, supongo que ya te han hablado de la única norma.

- Si, no decírselo a nadie-dije.

- Exacto, al principio cuesta un poco tener que llevar todo esto en secreto, es alucinante, pero...es uno de los precios que hay que pagar. Mira, gasto casi la mitad de lo que gano aquí, y creemé, gano muchísimo dinero, pero no me importa. Esto es diferente, es único.

- ¿Cuándo tendré que pagar?-pregunté.

- Oh, no te preocupes por eso, ya has pagado. Hay clientes muy poderosos, clientes que dirigen bancos, clientes que gobiernan países, clientes que controlan lo que ganas y que se cobran la cuota. Tú tranquilo, no tendrás que preocuparte de nada. Sígueme.

- ¡Espera! ¿Qué pasaría si algún día... no puedo pagar?

- Siempre existe esa posibilidad, presidentes que pierden elecciones, empresas que quiebran, deportistas demasiado viejos. Tranquilo, eso no te sucederá, estás en la cima, tienes éxito. Tú guarda el secreto y deja que todo fluya.

Caminamos hasta una sala circular rodeada de puertas con números inscritos en placas doradas. Me recordaban a las cabinas de un Sex-Shop. También había un pequeño ventanal de cristal por el que se vislumbraba el interior de cada "celda". En ese momento un alarido surgió de una de las habitaciones, los pelos de la nuca se me erizaron.

- Tienes la número siete, la última cabina a la izquierda, disfruta.

Avancé despacio, con la vista puesta en el suelo, cuando un objeto golpeó la puerta de la sala número cinco. Instintivamente giré la cabeza y miré a través del ventanuco. Lo que pude ver se me ha quedado grabado en la mente para siempre. Una actriz, con la que yo había trabajado alguna vez, que incluso había ganado un Oscar, acababa de destrozar las costillas de un niño pequeño con un enorme martillo, haciéndole volar hasta estrellarse contra la puerta.

La cabeza del crío estalló contra la ventana que se tiñó de rojo oscuro. Una risa histérica surgió del otro lado.

Al llegar a la cabina que me correspondía, miré hacia el interior esperando ver algo, pero la habitación estaba vacía. Agarré el pomo de la puerta y entré.

Era una sala rectangular de unos ocho metros cuadrados, las paredes estaban acolchadas como las que suelen tener en los centros psiquiátricos. A mi derecha, una mesa con todo tipo de armas e instrumentos de tortura: bates de béisbol, hachas, cuchillos, serruchos, dos garfios, varios tipos de martillos, destornilladores y algunos fórceps. También había una pistola.

Frente a mí, una puerta de acero se abrió dejando entrar a un hombre corpulento vestido de etiqueta que empujaba una silla de ruedas. Sentado en ella, un joven desnudo con los ojos vendados temblaba histéricamente. Tendría unos diecinueve años, la piel clara y limpia brillaba debido al sudor. El hombre del traje le ordenó ponerse en pie y el muchacho obedeció despacio. Dios, como temblaba.

El hombre corpulento salió cerrando tras de sí la puerta. Estábamos solos.

Le observé durante algún tiempo, no me causó ninguna lástima, nada. Supongo que él estaba tan drogado que apenas se enteraba de nada, pero en el fondo yo sabía que si se estaba enterando.

Me acerqué a la mesa y cogí el bate. No sabía porque lo hacía, sencillamente me apetecía. Nadie me había explicado que era lo que se suponía que debía hacer en aquellas cabinas, simplemente lo supe sin más.

Le iba a machacar.

El primer golpe se lo di en el estómago, el chico se dobló y soltó un grito ahogado que apenas escuché. Le golpeé de nuevo, esta vez en los riñones, cayó al suelo. Solo pretendía debilitarlo un poco, por precaución. Con suavidad le quité la venda de los ojos, quería que lo viese.

Suplicó que no le hiciera daño, lloraba como un niño, pero a mi no me molestaba. Volví a la mesa para hacerme con el cuchillo de carnicero. Él seguía en el suelo, llorando.

Le agarré del pelo obligándole a levantar la cabeza para que me mirase. Introduje la punta del cuchillo en una de sus fosas nasales y con un movimiento brusco le dividí la nariz en dos. La sangre manó en abundancia, intentó engancharme pero conseguí acertarle en los testículos con un puntapié certero. Cayó hacia atrás aullando de dolor. Suplicaba que no le matase.

¡Cómo llegué a odiar a aquel llorón! Realmente enfadado, agarré el serrucho e intenté aserrarle el omoplato, pero no se estaba quieto, casi le corto la cabeza. Ahora sí que estaba enfadado. Usando los garfios le atravesé los oídos obligándole a levantarse. Había sangre por todas partes. En ese momento me miró a los ojos.

¿Qué cojones estaba haciendo?

Solté al chico, que cayó al suelo como un peso inerte, creo que tuvo la mala fortuna de sobrevivir. No quiero pensar que le pudo ocurrir después. Salí de la cabina empapado en sangre y sudor. No encontré a nadie hasta llegar a la sala donde estaba el billar. Allí, el hombre del traje blanco jugaba un solitario sobre el tapete manchado de sangre. En el sofá, el cuerpo desmembrado de la escritora, estaba siendo devorado por un doberman que lucía una tremenda erección.

Aquél hombre levantó la mirada y me sonrió con desgana.

- ¿Ha disfrutado, señor Piiiiii?-dijo.

- No volveré nunca más- contesté.

- La elección es suya, pero tenga presente nuestro acuerdo, si habla de lo que aquí ocurre con alguien...

- No lo haré- respondí, y salí de allí sin mirar atrás.

El tipo del baño seguía en su puesto, al salir por el pequeño agujero me saludó inclinando la cabeza.

- Señor-dijo.

Sin contestarle abandoné el urinario. La discoteca estaba aún atestada de gente, nadie me prestó atención, o si lo hicieron nadie me dijo nada.

No he vuelto a aparecer por allí. Hace unos años coincidí en un plató de televisión, para el que yo trabajaba, con el jugador de fútbol, no nos saludamos. Solo con verle la cara tuve que ir al baño para vomitar. Sé que aún siguen haciéndolo, la gente sigue desapareciendo sin dejar rastro.

Cada día me arrepiento de lo que hice, cada día intento decírselo a la policía, pero no puedo, tengo miedo. En fin, esta es mi historia, espero que les haya parecido interesante, ha sido un gran alivio poder desahogarme.

- Interesante sin duda, señor Raimi. Lástima que haya incumplido la promesa que me hizo. Supongo que le veré muy pronto, se lo aseguro.

El señor Blanco se levantó de la silla de locutor dejando ver su impecable traje blanco, e indicó al técnico de sonido que localizase la llamada.

Mala suerte, señor Raimi.